

Anton Chejov, 75 años

Ramiro Cristóbal



«Recuerdo que empezó mi padre a enseñarme o, mejor dicho, a pegarme cuando yo no tenía más que cinco años. Cada mañana, al despertarme, lo primero que pensaba era: ¿me pegará hoy?».

«Desde mi infancia, yo creía en el progreso y no podía ser de otra forma siendo tan enorme la diferencia entre la época en que me pegaban y la que dejaron de hacerlo».

Escribe un compañero de universidad: «No participaba en los círculos de los años ochenta, no leía con pasión a Lavrov, Mikhailovski y Bakunin, no tomaba parte alguna en las discusiones sobre la actividad de los terroristas en Rusia. Estaba encerrado, replegado sobre sí mismo».

«La amistad es superior al amor. Mis amigos me quieren, yo les quiero y, a través de mí, ellos se quieren entre sí. Pero el amor convierte en enemigos a quienes aman a la misma mujer... La amistad no conoce estos celos. Es por eso que, incluso en el matrimonio, la amistad es preferible al amor».

LA MUERTE DE LOS CEREZOS

Anton Pavlovich Chejov, joven estudiante de unos veinte años, escribe cuentos graciosos a tantos copecs la línea. Junto a él, en la misma reducida habitación, su extensa familia alborota. Su padre, viejo beato de anchas espaldas, reza, en voz alta, ante el rincón donde se encuentra el icono; de vez en cuando abofetea a alguno de sus hijos pequeños y el guirigay aumenta. «¡Canallas! —grita el padre—; atraeréis la desgracia sobre toda la familia, si seguís sin tener respeto a la imagen». Sacha, el hermano mayor, sonríe con cinismo fingido y se dispone a salir, vestido con ropas raídas, para hacer una nueva conquista. La madre, suspirando, apenas levanta la vista de su eterna labor de aguja.

A pesar de su juventud y de su aún saludable aspecto, el estudiante ha llegado a la mitad de su vida. Sólo vivirá cuarenta y cuatro años y empieza el recorrido. Los cerezos que un día florecerán en un jardín, apenas despuntan. De momento, aprende en la escuela del estoicismo. Es curioso: años más tarde se sublevará contra su maestro Tolstoi por no aceptar la resignación, la quietud y el desprecio a la vida de los nuevos estoicos cristianos. Sin embargo, ahora, con todos los males físicos y morales royendo su estómago, prefiere pasar por indiferente.

LECCIONES CARAS

Lucha por la vida, el duro pelear de todos los días contra la miseria y la vergüenza es algo que se aprende con lentitud y amargura. Al principio, es-



Escena de «El Jardín de los Cerezos», representada en el Teatro Marigny de París, bajo la dirección de Jean-Louis Barrault, con Barrault, Madelaine Renaud, Pierre Berlin y Simone Valère.

cuece y luego se va haciendo más tolerable. Chejov hizo este aprendizaje completo, tal como lo hacían la mayoría de los niños en su país —y en



Anton Chejov, a los 19 años.

otros muchos— en el último tercio del siglo XIX. Hubo de aprender la picaresca, siempre peligrosa, de evitar los golpes paternos y escurrir el bulto, en la medida de lo posible, de un trabajo bestial. Dickens recordará, amargamente, su niñez el resto de su vida; a Chejov apenas le servirá como tema literario. Y, sobre todo, como estímulo a su profesión, comenzada y seguida con ahínco, por meros motivos de redondear unos exiguos ingresos familiares.

¡Un triste recuerdo de su niñez, que tendrá siempre presente, es el de la carencia de sueño. Su padre, pobre comerciante de coloniales, frutos secos y hierbas medicinales, consideró siempre un deber de sus hijos el permanecer despiertos desde el amanecer hasta bien entrada la noche. «Aún son jóvenes. Ya dormirán cuando tengan más años», piensa el hombre, y abofetea a sus hijos y a sus dos empleados adolescentes, cuando se

Dice la poetisa Tatiana Chepkiana-Kupernik: «El amaba por encima de todo las flores de los manzanos y de los cerezos. Lo que más apreciaba de su obra «El jardín de los cerezos», era su título».

adormilan sobre una silla. En su cuento «Un asesinato», Chejov tratará sobre este tema: una criadita de trece años, obligada a permanecer despierta para atender a un bebé llorón durante la noche y servir durante el día, acabará por matar al niño, con la mayor indiferencia, para gozar de unas horas de sueño.

Su infancia en Taganrog, un puerto de mar del Azov, es recordada, frecuentemente, con aparente alegría y nostalgia; pero una angustia, casi subconsciente, sobre esta época, parece desmentir aquellos dulces recuerdos. ¿Sentía instintos homicidas el pequeño

Chejov como la sirviente del cuento? En todo caso, los niños protagonizan bastantes de sus relatos o aparecen en ellos, generalmente siendo insultados y golpeados.

Era Taganrog una ciudad en decadencia. Fue, en otro tiempo, puerto importante de donde partía el trigo de todo el sur de Rusia rumbo a otros países. Hacia la época en que nació Chejov, en 1860, apenas era una sombra de aquel próspero pasado. Otros puertos habían sustituido a Taganrog y el poco tráfico marítimo que quedaba, estaba en manos de unos pocos especuladores griegos y rusos. La tienda de coloniales de Pavel Egorovich Chejov es un reflejo de esta situación de vuelta a la miseria. Situada en las afueras de la ciudad, era mugrienta, vieja y con aspecto de abandono. El dueño pasaba la mayor parte de las horas en la iglesia local y dejaba el negocio a sus hijos de corta edad y a los desgraciados empleados, hijos de mujik.



La casa de Chejov en Yalta, lugar en que escribió «La Gaviota».

Escribe Ivan Bunin: «Me acuerdo de su silencio, sus toses, su gesto de ocultar los ojos con la mano; y sobre su rostro, un pensamiento sereno y triste, casi solemne».

En la casa familiar —los padres y seis hijos, de los que Anton es el tercero— la vida tampoco es fácil. Siempre los gritos y amenazas del padre y el silencio resignado de la madre. El dinero escaso y el frío intenso. Anton recuerda muy bien cuando jugaban descalzos sobre la nieve. Esto tendrá consecuencias graves más tarde: dos de los Chejov —Nicolás y el propio Anton— morirán de tuberculosis bastante jóvenes.

Al final, la ruina. El negocio va de mal en peor y llega un momento que Pavel Egorovich teme ser encarcelado a causa de las continuas denuncias de sus acreedores. Sin más, marcha a Moscú y con él, poco más tarde, su mujer y sus hijos. Anton, no. Se quedará en Taganrog librado a sus propios medios. Tiene dieciséis años.

En esta adolescencia durísima y vergonzante comienza una de las etapas más importantes de su vida. Sigue sus estudios medios y continúa pensando que se hará médico en la Universidad de Moscú. Subsiste dando clases particulares y con la ayuda, generalmente escasa, de algunos parientes, como su tío Mitrofan. Arrastra una existencia apenas decorosa. Los veranos es invitado a la casa de campo de alguno de

Tolstoi sobre Chejov: «La medicina le estorbaba».



Retrato de Emil Zola, por Edouard Manet.

sus compañeros de estudio y se convierte, así, en un personaje de sus obras teatrales. Es el eterno invitado a casa ajena que se ve obligado, siempre, a ser educado y a vestir decentemente; debe ser el que haga pequeños servicios a la dueña de la casa, adule moderadamente al señor de todo aquello y él siempre bien dispuesto compañero de paseo y de juegos. Si hay una mujer joven debe estar atento a sus caprichos de mimosa aburrida. En resumen, una misión intermedia a la del criado y el amigo.

Naturalmente, Antón, hombre sensible y pudoroso, siente esta situación, pero la saca adelante gracias a su extraordinario sentido del humor. Es por lo regular, según dicen los que le conocieron en esta época, un muchacho extraordinariamente alegre y divertido. Pero lo que más aprecia él de

esta existencia, es la libertad. Finalmente puede ir de un lado a otro sin cortapisas, hablar con gente de todo tipo de extracción social; salir al

«No pongo en duda que mis estudios de medicina han tenido una importante influencia en mi actividad literaria. Ellos han extendido considerablemente el campo de mis observaciones». A. Chejov

campo a ver a los mujiks o quedarse en la ciudad a observar a los burgueses. En fin, sus estancias veraniegas en las mansiones señoriales le muestran una interesante y rica variedad de tipos de la buena sociedad rural.

Escribe alguna cosa por afición, pero no parece sentirse especialmente dispuesto para dedicarse a las letras. Es más bien un **divertimento**, un respeto reverencial como el que sentirá por la música durante toda su vida. Cuando escribe le gusta hacer esbozos humorísticos y describir situaciones ridículas. Por entonces no sospecha, ni remotamente, que tiene unas extraordinarias condiciones para la literatura.



Escena de «El tío Vanja», por la Compañía Dramática de Suecia (Sif Ruud en el papel de Marina y Georg Funkquist como profesor Serebrjakov).



El pensador ruso Bakunin.

LAS SENSACIONES FUERTES

Apenas se traslada Antón Chejov a Moscú para comenzar sus estudios de Medicina, se le ocurre hacer algunas colaboraciones en revistas satíricas con objeto de ganar algún dinero. Su hermano mayor, Alejandro, también escribe y tiene talento. Nicolás, el siguiente, es un buen dibujante y sigue los cursos de Bellas Artes. Los Chejov piensan que podrían hacer trabajos para las revistas, a base de escribir los textos Sacha y Antón e ilustrarlos Nicolás. En definitiva, sólo Antón, con una increíble facilidad para escribir, llevará adelante el proyecto. Alejandro es perezoso, melancólico y sus continuos asuntos de mujeres le impiden realizar una labor continuada. Nicolás bebe y está enfermo con frecuencia: la tuberculosis ha comenzado a hacerse notar.

Es por entonces —1880-1881— cuando le encontramos al principio de este traba-

«No creo que esté destinado a ser dramaturgo. ¡Hay pocas probabilidades. Pero no desespero».

A. Chejov

jo. En su casa, Antón escribe continuamente en medio de la algarabía familiar. Esta facilidad para desarrollar cualquier tema le hace despectivo. En su cuento «¡Silencio!» aparece un periodista que necesita absoluto orden y silencio para escribir cinco cuartillas en cuatro horas; Chejov comienza su relato: «Ivan Egericg Karsnujin, periodista mediocre, vuelve a casa de mal humor, grave y pensativo...».

Pero fuera del pequeño mundo, un poco egoísta en su sempiterna necesidad, de los Chejov, el gran mundo de Rusia se estaba moviendo. ¡Y de qué forma! En 1881, un comando terrorista del grupo «Volun-

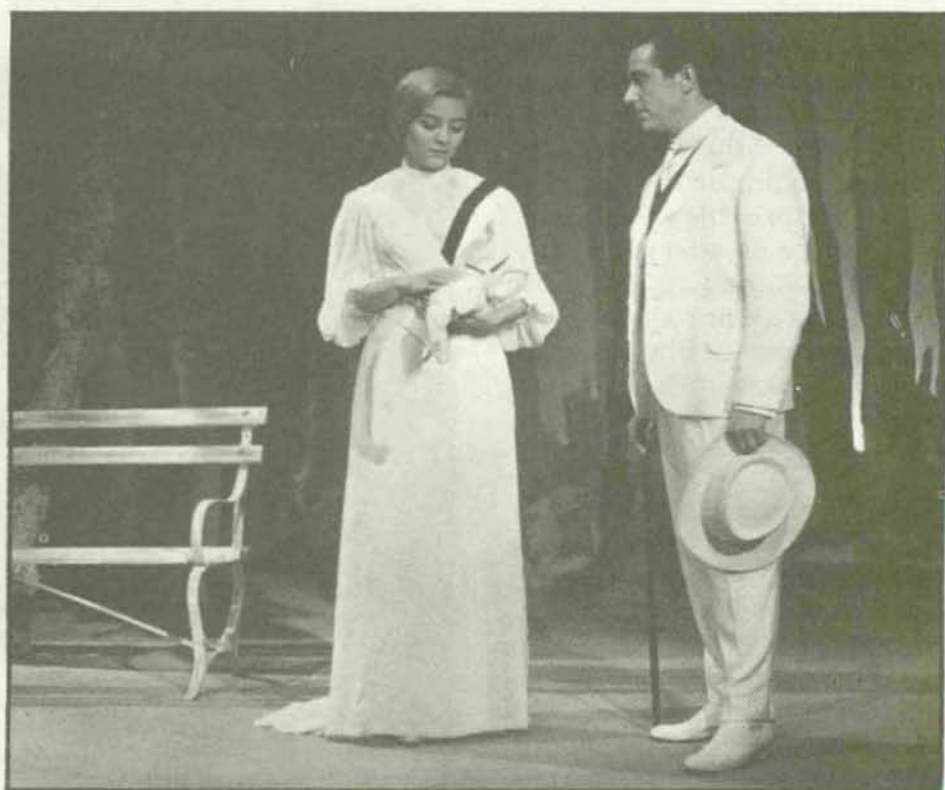
«Hasta que me sea posible comprender el orden de las cosas, la vida está hecha únicamente de horrores, de preocupaciones y de mediocridades que cabalgan unos tras otros».

A. Chejov

Lee a Darwin: «¡Qué maravilla! ¡Me gusta terriblemente!».

A. Chejov

tad del Pueblo» mata al zar Alejandro II en San Petersburgo. El día 3 de abril, por la mañana temprano, aparecía un comunicado del Gobierno: «Hoy, 3 de abril, a las 9 de la mañana, serán ahorcados los reos de Estado Sofia Perovskaya, noble; Nicolai Kibalchich, hijo de un sacerdote; Nicolai Risakov, pequeño burgués; Andrei Zheliakov y Timofei Mijailov, campesinos...». El magnicidio y esta quintuple ejecución de los populistas conmovió a la juventud rusa y fue particular y apasionadamente comentada en los medios universitarios. Es significativo que Antón Chejov, estudiante por entonces, apenas se preocupara de estos acontecimientos. Hasta bastante tiempo después afectará una terca independencia ante cualquier tipo de ideología y



Escena de «La Gaviota».



Estatua erigida al ilustre naturalista y fisiólogo inglés Carlos Darwin, en Sherewsbury, su ciudad natal.

esto lo hará extensivo a cualquier escuela literaria o artística. Sólo su respeto por Tolstoi fue duradero y probablemente el único punto de referencia de esta época. Ni las discusiones sobre Marx y Bakunin parecían interesarle, ni le atraía cualquier doctrina social, fuera de la autodisciplina tolstoiana.

Por lo demás, se muestra un duro crítico para las reformas liberalizadoras introducidas por el zar asesinado. Así, la abolición de la esclavitud en 1861, es puesta en entredicho en muchos de sus relatos, particularmente en «**Los campesinos**» donde Chejov emplea frases como estas: «El campesino estaba mucho mejor que ahora cuando era siervo —decía, hilando, el viejo—. Todo era a sus horas: el trabajo, la comida, el descanso. No faltaban para la comida, la sopa de coles y los puches»; y, más abajo: «El viejo Osip contaba, recreándose en sus recuerdos, cómo se vivía antes de la manumisión en aquellos mismos lugares donde ahora la vida era triste y miserable». Otra

«Todo lo que los viejos ya no pueden hacer, está prohibido o es considerado como reprehensible. A los viejos sólo les oigo pronunciar palabras absurdas o hipócritas».

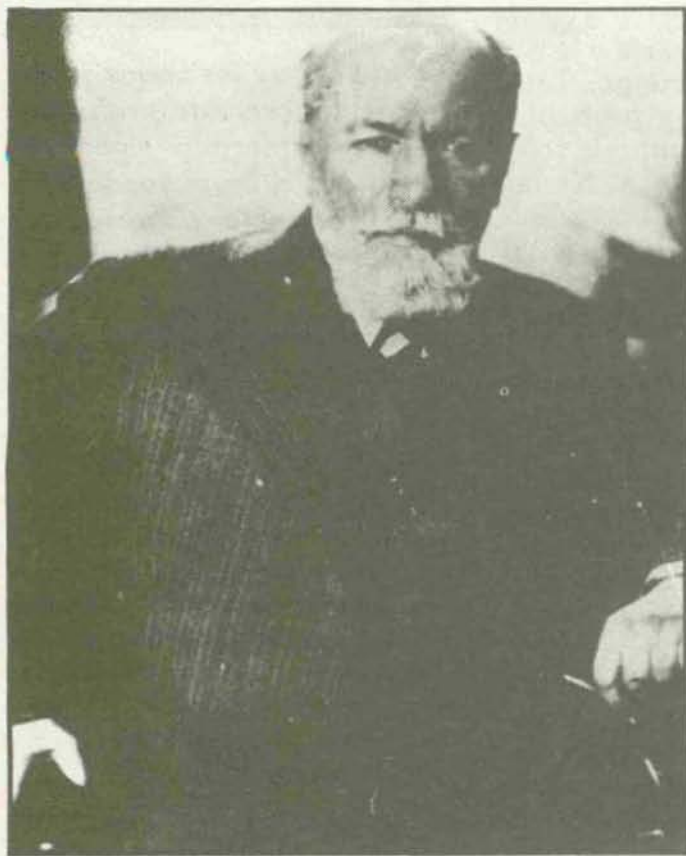
A. Chejov

de las reformas de Alejandro II, el sistema de jurados, es también satirizado por Chejov en su cuento «**Las sensaciones fuertes**» en las que un grupo de jurados se entretiene, frívolamente, en contarse anécdotas de su propia vida y luego quedan aterrados al acordarse de que hay un acusado que debe estar pasando por momentos difíciles.

Es la doble servidumbre del realismo y de una cierta mentalidad pequenoburguesa. Lo mismo que Zola cuando escribe «La taberna» y «La tierra», Chejov no tiene confianza en el pueblo, aunque, sinceramente, se conmueve con su triste condición. Todos los relatos de esta época están



Escena de «El Jardín de los Cerezos», montado en el Teatro «María Guerrero», con María Dolores Pradera, Josefina Díaz de Artigas y Berta Riaza.



El escenógrafo ruso V. I. Nemiróvich-Dánchenko.



Constantino Stanislavski, fundador del Teatro Artístico de Moscú y excepcional director de escena.

transidos de una profunda piedad, pero no parece haber una protesta contra nadie. Los mujiks viven en condiciones infrahumanas, pero no está claro quién tiene la culpa, si los señores o los propios campesinos. Con el tiempo se irá haciendo más claro su concepto de la tiranía, aunque verá ésta más bien desde el punto de vista liberal, es decir, más como un sistema represivo de las libertades individuales que opresivo y explotador para los pobres. Escribe a su hermano Alejandro: «El despotismo es tres veces criminal. Acuérdate de que es mejor ser víctima que verdugo».

Mientras, en 1883, muere Turgueniev, escritor al que admira siempre a poca distancia de los que considera sus tres grandes maestros: Puchkin, Gogol y Tolstoi. En su vida, se considerará obligado a compararse con ellos y mo-

destamente cree ser muy inferior. En el segundo acto de «**La Gaviota**» aparece el siguiente párrafo que expresa bien este sentimiento: «El público dice: "si, está bien, tiene talento. Pero no puede compararse con Tolstoi", o "Es excelente, pero no como 'Padre e hijos' de Turgueniev. Y hasta mi muerte, todo será únicamente bueno y lleno de talento, pero nada más». De Puschkin dice que es «el único poeta que aguanto», de Gogol opina que es el padre de toda la literatura realista y particularmente su cuento «**El abrigo**»: «Todos procedemos de "El abrigo" de Gogol», dice Chejov. Por lo demás, comienza a perfilar su peculiar estilo de escribir. Así, dice: «En la realidad, no es frecuente que se dispare un tiro, que se ahorque, que se declare una pasión, que un manantial continuo desborde pensamientos profundos. ¡No! Lo más corriente es comer, beber, flir-

tear, decir tonterías... Hay que escribir una pieza en la que las gentes vayan, vengan, coman, hablen de la lluvia y del buen tiempo, jueguen a las cartas... Entonces: ¿Naturalismo a lo Zola? No. Ni naturalismo ni realismo. no hay que ajustarse a un estilo. Hay que dejar la vida tal cual es y las gentes tal como son, auténticas y no adulteradas».

Un año más tarde, es ya médico y comienza, con entusiasmo, esta profesión sin abandonar la literatura donde adquiere, poco a poco, un dominio y un crédito mayor. Por esta época escribe con tal facilidad, que llega a escribir un centenar de cuentos al año. Sigue, sin embargo, sin tomarse en serio el oficio de escribir.

Con esa su peculiar rebeldía a cualquier tipo de clasificación inicia en 1886 una insólita relación **personal**. Comienza una colaboración literaria con

«No soy ni un liberal ni un conservador... Mi santo de los santos es el cuerpo humano, la salud, la inteligencia, el talento, la inspiración, el amor y la libertad más absoluta. La liberación de cualquier fuerza brutal y de cualquier mentira, sea cual sea su expresión: he ahí lo que constituiría mi programa».

A. Chejov

el periódico reaccionario «Novoia Vremia» y se hace íntimo amigo de su director Alexis Suvorin, hombre también ultraconservador, con el que mantendrá unas estrechas relaciones durante muchos años y con el que hará frecuentes viajes por Rusia y el extranjero. Suvorin es adicto al zar (a la sazón el reaccionario Alejandro III), al ejército, a los privilegios de la nobleza y a las costumbres tradicionales. Es difícil saber qué podía tener en común con Chejov, a no ser ciertas afinidades de carácter y de origen, ya que los dos eran nietos de campesino y siervos; quizá ese concepto de la vida que mira más el detalle de las personas que las grandes ideas y los grandes movimientos sociales. Con el tiempo, sin embargo, Chejov dejará de escribir para el periódico de Suvorin y la amistad de ambos se enfriará notablemente con motivo del caso Dreyfus. El periodista preguntaba a sus amigos: «Será verdad que Chejov se está dejando ganar por el liberalismo?».

LA GAVIOTA

Al revés de lo que frecuentemente ocurre con los médicos que se dedican a la literatura, a Chejov sí le gustaba ejercer la Medicina y sentía bastante afición por las disciplinas científicas. En ese binomio, nunca bien resuelto, entre sus

dos profesiones habrá épocas de predominio de una u otra. A veces, escribir le impide dedicar más horas a cuidar enfermos; a veces, como en el caso de la epidemia de cólera de

1892, na de dejar la pluma por una larga temporada.

Esa poderosa veta científica, ese amor por el positivismo, es causa de un importante cambio en su vida y en sus ideas hacia 1890. Pero antes es importante narrar una anécdota que data de 1886, precisamente cuando iniciaba su colaboración con Suvorin. El 25 de marzo recibe una carta del novelista Dmitri Grigorovich, a la sazón de 65 años y ya totalmente consagrado y respetado como escritor. Grigorovich le dice a Chejov que ha leído por casualidad uno de



Chejov, en Guine, en abril de 1897.

sus cuentos («El Cazador») en una revista y que le ha parecido maravilloso («una originalidad completamente especial»), pero le reprocha el estilo descuidado y apresurado que es fácil ver en su obra y le augura un brillantísimo porvenir: «Usted será culpable —dice— si no responde a estas esperanzas. Pero he aquí lo que hace falta para lograr eso: el respeto a un talento que rara vez se hereda. Abandone cualquier trabajo prematuro. No sé cuáles son sus medios de subsistencia; si usted es pobre, aguante el hambre».

Naturalmente, Chejov queda sorprendido y encantado. El merecer una tal carta de un maestro de las letras le produce una impresión imborrable. Por primera vez com-

«No habrá jamás revolución en Rusia».

A. Chejov

prende que, en efecto, tiene talento realmente y que puede hacer algo más que escribir cuentos humorísticos para ganar algo de dinero. Contesta a Grigorovich: «Su carta me ha herido como el rayo... Del mismo modo que usted ha llenado de esperanzas mi juventud, que Dios apacigüe su vejez». Y sobre su talento desperdiciado, dice: «Si hay en mí un don al que es preciso respetar, entonces yo le confieso a la pureza de su corazón que yo no lo he respetado hasta ahora. Sentía que este

don existía en mí, pero había cogido el hábito de estimarlo mediocre».

He ahí el punto de partida de Chejov literato; así como su licenciatura en Medicina es el principio de su gran afición científica. Hasta 1890 son sus años de consagración definitiva. Haciendo caso a Grigorovich escribe muchos menos relatos y cuida más el estilo y los temas. En 1888 ha publicado ya cinco antologías de cuentos y un año más tarde obtiene un notable éxito en el Teatro Alejandro de San Petersburgo con su obra «Ivanov». También dedica muchas horas al ejercicio de la medicina, lo cual le sirve, entre otras cosas, para darse cuenta de las verdaderas condiciones en que vive el pueblo ruso y hasta qué



Anton Chejov, en su despacho de Yalta.

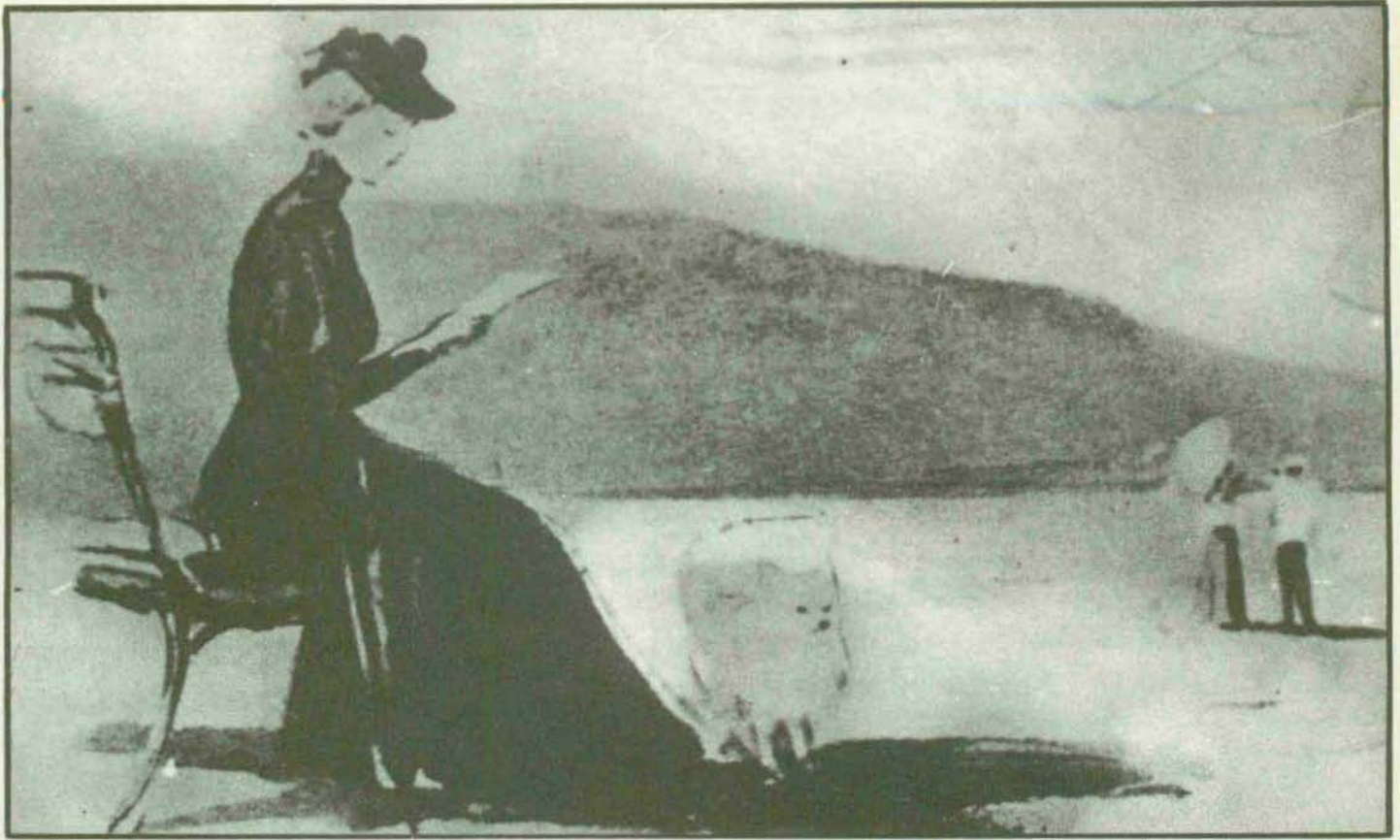


Ilustración de Koukryniksy, para «La señora del perrito».

grado de miseria, ignorancia y superstición puede llegar. Para esos años, sus ideas se han ido haciendo reformistas. Cree que con buena voluntad y suficientes conocimientos, se puede transformar las condiciones de vida del pueblo. Se hacen notar las ideas de su amigo Suvorin en un sentido de olvido de los motivos políticos y sociales de tal situación.

En abril de 1890, con treinta años recién cumplidos, Chejov inicia una insólita aventura entre científica y literaria: visitar la isla de Sajalín en el mar del Japón, y volver por el sur de Asia. El objetivo era el siguiente: hacer un detallado estudio etnológico y del régimen penitenciario que había en dicha isla, en la que se encontraba uno de los mayores penales de Rusia. A pesar de su escasa salud —la tuberculosis era ya patente— Chejov atraviesa Siberia en ferrocarril y se hospeda en posadas

destartaladas y frías; sin embargo, a juzgar por las notas tomadas durante este viaje, se siente de nuevo tan feliz por su libertad, como cuando era adolescente en Taganrog.

Está dos meses en Sajalín y hace cerca de diez mil fichas sobre los habitantes y los presidiarios. Al final, como él mismo dice, tiene que hacer de «geólogo, meteorólogo y etnógrafo» y habría que añadir de médico y escritor. Allí contempla terribles castigos: «Asistí a un castigo de azotes, después del cual estuve so-

*«La fuerza y la salvación del pueblo está en su inteligencia, la que piensa y siente honestamente y sabe trabajar»...
«La madre de todos los males rusos es la ignorancia crasa».*

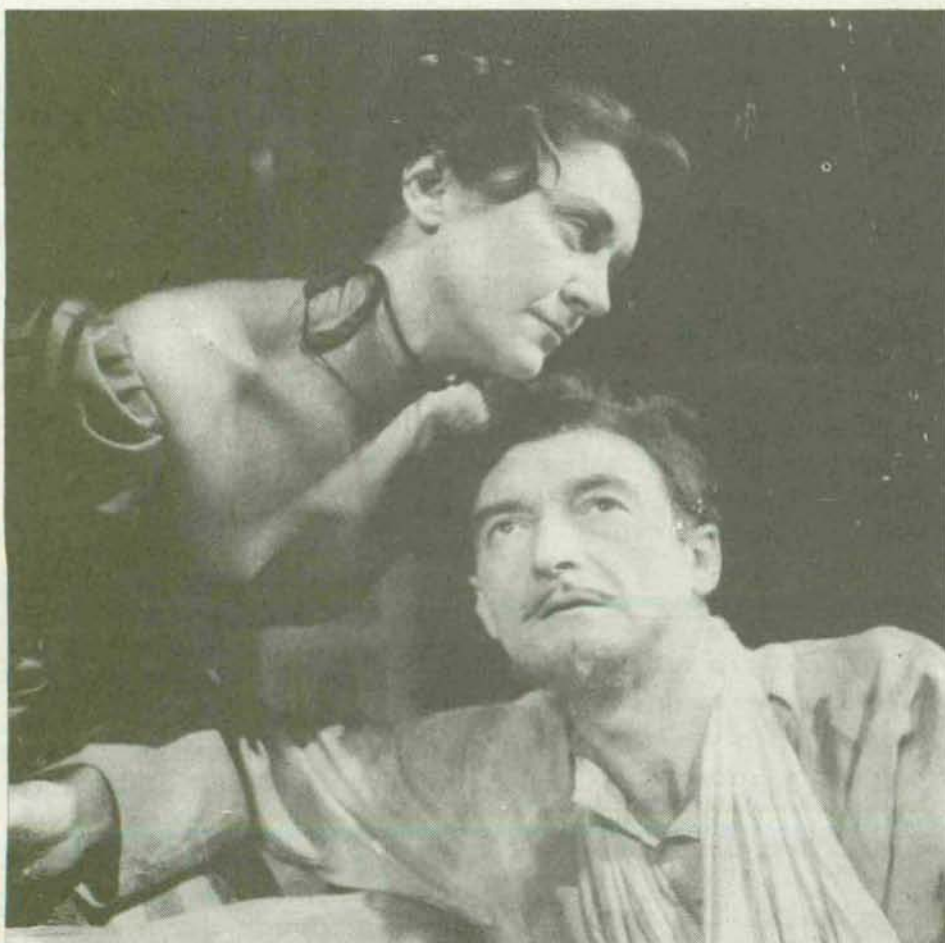
A. Chejov

ñando tres o cuatro noches con verdugos y el horrible caballete. He hablado con hombres encadenados a carretillas..., en total, me he estropeado los nervios». Sin embargo, el resultado es una sorprendente obra que apenas recuerda al Chejov que conocemos. En «La isla de Sajalín» apenas hay concesiones literarias, entre la maraña de datos científicos, pero en el fondo lo que hay inequívocamente es una denuncia implacable del brutal régimen de prisiones y deportación de los zares. Hay una evidente evolución ideológica de Chejov que, sin perder su querida independencia, empieza a considerar de otra manera los males de la humanidad y empieza a racionalizar y trascender su piedad de hombre bueno.

Vuelve a Rusia por el Indico y anota, sobre todo, su visita a Ceilán, donde queda encantado con el paisaje y sus muje-



Chejov y Tolstoi, en Iasnaia-Polyanna, en 1902.



Escena de «Este loco de Platonov», con Maria Casares y Jean Vilar.

res. Escribe que tras su terrible experiencia en Sajalín, Ceilán le ha parecido el último rincón sobre la tierra, del paraíso.

LA SALA NUMERO SEIS

Este gran viaje y la observación sobre el terreno de las miserias del hombre, provocan una ruptura final con las teorías de Tolstoi, aunque no, naturalmente, con el hombre al que admirará siempre. En 1892 escribe uno de sus cuentos más largos, «**La sala número seis**», en el que de forma patente fuerza un diálogo entre un «tolstoiano» y un recluso en una casa de salud mental; Chejov se vuelve casi tan duro e irónico como Voltaire con su filósofo Pangloss, seguidor de Leibnitz. Cuando el discípulo de Tolstoi diga que a Diógenes, el estoico, le

bastaba un barril y su propio pensamiento para ser feliz, el loco Gromov contestará con desprecio: «Los estoicos a quienes usted quiere imitar, eran hombres notables; pero su filosofía ha muerto hace dos mil años y no hay probabilidades de que renazca, porque no es práctica ni vital.

Nunca pudo seducir sino a una minoría selecta, que no tenía mejor ocupación que dedicarse a tales extravagancias». Y sobre Tolstoi, de manera más directa, dice a Iván Bunin: «Tolstoi dice que un escritor no necesita más que tres pies de tierra. ¡Error! Son los muertos los que no necesitan más que tres pies de tierra; los vivos quieren el globo terráqueo entero. ¡Y sobre todo, el escritor!». Y a Suvorin: «La moral tolstoiana ha dejado de impresionarme, ya no siento simpatía alguna hacia ella, lo que sin duda es injusto. Ello es debido a que la sangre que circula por mis venas es sangre de mujik... Tolstoi se ha alejado ya de mí, ya no está en mi alma».

«Cuando uno está sediento, cree que podría beberse el mar entero: y la fe no es más que esto; pero cuando se ha empezado a beber, es imposible tragar más de dos vasos: eso es la ciencia».

A. Chejov

Es curioso en este período que Chejov acusa, por primera vez, aunque de manera confusa, lo que podría considerarse como un condicionamiento de clase. Por vez primera se da cuenta de que Tolstoi es un noble bieninencionado y como tal piensa y actúa. El es nieto de siervos campesinos e hijo de un hombre muy pobre. Ahí está la diferencia.

Casi a continuación llega su gran momento teatral. Los esporádicos contactos con este medio artístico no habían tenido gran importancia en su vida. Al fin, el 17 de octubre de 1896, estrena «La gaviota» en

el teatro Alejandro de San Petersburgo. La obra es un fracaso estrepitoso y la cotización literaria de Chejov baja ostensiblemente. El público se pregunta si es capaz de hacer algo más que escribir cuentos cortos de humor. Dos años antes, la publicación de «La isla de Sajalín» había sido recibida con parecido escepticismo.

Como era peculiar en él, Chejov encaja el fracaso de «La gaviota» como natural. Nunca creyó tener especiales aptitudes para el teatro y sólo se decidirá a reestrenar la obra cuando el recién creado Teatro del Arte de Moscú, con Stanislavski a la cabeza, le proponga reponerla, esta vez en dicha última ciudad. Se repondrá dos años más tarde el mismo día, 17 de octubre de 1898, y tendrá un éxito resonante. Es el principio del gran autor dramático que es Antón Chejov. «Tío Vania» se estrenará en 1899; «Las tres hermanas» en 1901 y «El jardín de los cerezos» en 1904. Las tres últimas protagonizadas



Chejov, en 1882 y en 1902 (cuadro de Serov).



por su propia mujer, la actriz Olga Leonardovna Knipper.

En medio de este definitivo reconocimiento como escritor hay un momento de intensa tristeza: Chejov toma conciencia de la gravedad de su enfermedad al producirse una grave hemoptisis en 1897. Hasta entonces, y a pesar de todas las evidencias, Chejov ha creído que la tos y los esputos de sangre provenían de la ruptura de pequeños vasos sanguíneos en la garganta. Dice a sus amigos: «Si la hemorragia que tuve hubiera sido un principio de tisis, habría tiempo que va estaría en el otro mundo. He aquí mi razonamiento lógico». A partir de 1897 ya no puede dudar que está enfermo de gravedad; realmente sentenciado. Desde entonces, realiza frecuentes viajes a balnearios de Europa Central y pasa algunas temporadas en Niza y otros puntos de la Costa Azul, con la esperanza de curarse o, al menos, prolongar su vida.

También en estos años, en compensación, multiplica su actividad como médico. Hay días que trata centenares de pacientes e inicia una acción personal en su propiedad de Melijovo, creando escuelas y tratando de mejorar las condiciones de vida de los campesinos.

HISTORIA ANONIMA

Los últimos siete u ocho años de su vida, hasta que fallezca en 1904, son probablemente los más lúcidos de toda su existencia. Su espíritu ha madurado rapidísimamente, y su inteligencia ha dejado de creer en viejas teorías. Su cambio no es radical, pero sí claramente apreciable.

Para empezar, abandona, en gran parte, la amistad con Suvorin y adquiere nuevos ami-



Caricatura de Antón Chejov, realizada por él mismo.

gos de tendencia e ideología mucho más progresista. En 1901, sus amigos más íntimos se llaman Iván Bunin, Máximo Gorki y Alejandro Kuprin. No es que haya abandonado, totalmente, su admiración por Tolstoi, al que visita ese año en la legendaria **Yasnaya Poliana**, ni su amistad con Suvorin, pero sus perspectivas ya son distintas. En 1902 son propuestos para la Academia, Gorki y Chejov. El segundo es aceptado, pero el Zar en persona veta a Gorki por su ideología izquierdista. Inmediatamente, Chejov rechaza su nombramiento haciendo constar expresamente que lo

hace en solidaridad con su compañero rechazado. Es su único enfrentamiento directo con el zarismo y es de apreciar en un hombre al que se acaba la vida rápidamente.

También su matrimonio con Olga Knipper en 1901 es algo que hace hermosos y tristes sus últimos años. Las relaciones de Chejov con las mujeres, muy frecuentes durante su vida, habían participado siempre del ardor y la indiferencia que suele presidir la vida sentimental y sexual de las personas enfermas de tisis. Siempre hay una mujer en su vida y siempre los mismos sentimientos contradictorios del

escritor que es fácil ver trasladados a sus personajes masculinos.

Lo de Olga es distinto. Desde el principio parece un amor apasionado y lleno de desesperación, al mismo tiempo. Chejov, ya muy enfermo, debe trasladarse a Yalta («La Siberia del Sur» la llama en sus cartas) por consejo de los médicos. Desde el principio de su matrimonio se da cuenta de que no tiene derecho a encerrar en Yalta a Olga, joven, llena de vida y con un prometedor futuro como actriz, para que se quede cuidándole. Olga parte hacia la capital y pasa casi todo el año trabajando entre Moscú y San Petersburgo. Desde su residencia del sur, Chejov le escribe cartas llenas de desconsuelo por su ausencia. Cuando Olga, que comparte su dolor, le diga que se dispone a volver, Chejov dará marcha atrás y se obligará a escribir a su mujer en tono humorístico. Es una de las correspondencias más patéticas que ha conocido el mundo.

Al fin, la gran crisis. Antón y Olga parten a centroeuropa y concretamente al balneario de Badenweiler, en Alemania.



Anton Chejov falleció el 2 de julio de 1904, en Badenweiler.

Allí le sobreviene un último ataque a Chejov y muere el dos de julio de 1904.

Tan modestamente como había vivido es la humildad de su entierro, que su amigo, Máximo Gorki, describe así:

«El féretro del escritor que Moscú "amaba tan tiernamente", llegó en un vagón verde que tenía sobre sus puertas el siguiente letrero, en gruesas letras: "Ostras". Una parte de la escasa multitud que esperaba en la estación, siguió por error el ataúd del general Keller, traído de Manchuria; se asombró al ver que enterraban a Chejov al compás de una música marcial. Cuando comprendieron, por fin, que se habían equivocado, algunas personas joviales empezaron a sonreír y bromear. Detrás del féretro de Chejov iban únicamente un centenar de personas. Me acuerdo, sobre todo, de dos abogados: ambos tenían zapatos nuevos y corbatas llamativas, como si fueran novios. Yo caminaba detrás de ellos y escuché a uno de ellos, Vassili A. Maklakov, que hablaba de la inteligencia de los perros; el otro, un desconocido, se jactaba del confort de su villa y de la belleza

del paisaje de los alrededores. Y una señora de vestido color malva, con una sombrilla de encaje, trataba de convencer a un viejecito de anteojos de esta: "¡Oh! ¡Era extraordinariamente gentil, y tan espiritual!". El anciano tosía con aire incrédulo. El día era cálido y polvoriento. Un obeso gendarme montado sobre un obeso caballo precedía majestuosamente el cortejo».

BIBLIOGRAFIA EN CASTELLANO

- IRENE NEMIROVSKI: «La dramática vida de Antón Chejov», Ed. Fabril (Los libros del Mirasol), Argentina, 1961.
- SOPHIE LAFFITTE: «Chejov según Chejov», Ed. Laia. Barcelona.
- RONALD HINGLEY: «Historia social de la literatura rusa (1825-1904)». Ed. Guadarrama (Biblioteca del hombre actual), Madrid, 1967.
- HISTORIA ILUSTRADA DE LA URSS. Ed. Novosty. Moscú, 1977.
- El «Correo de la Unesco». Enero de 1960.
- «Teatro completo» de Chejov en Ed. Aguilar. Madrid, 1968. Diversos volúmenes de cuentos en Ed. Espasa Calpe (Austral). Ver «Nota bibliográfica» en la citada «Chejov según Chejov». ■ R. C.